



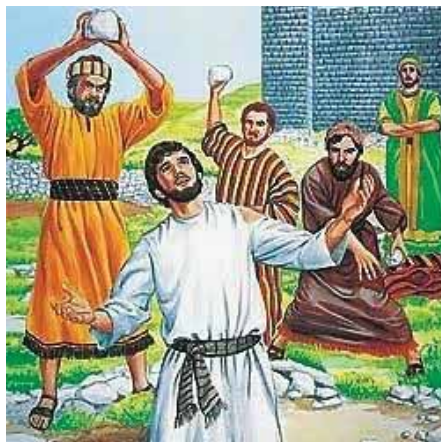
VAMOS A HABLAR DE LA IGLESIA Y DE SUS COMIENZOS (5)

La lengua y la cultura constituyen desde el principio un elemento de distinción dentro de la comunidad de los nuevos creyentes. Por una parte están los judeocristianos, es decir, los creyentes de lengua hebrea o aramea; por otra, los fieles judíos de lengua griega.

Los judeocristianos son tolerados por las autoridades de Jerusalén, aunque Pedro y los otros apóstoles hubieran de sufrir dos arrestos sucesivos. Pero llega un momento en que los judeocristianos sufren una auténtica persecución en el año 44, por obra de Herodes Agripa I, que supone el arresto y decapitación de Santiago el de Zebedeo, hermano de Juan, y el encarcelamiento de Pedro. Una vez liberado, Pedro se aleja de Jerusalén y la comunidad judeocristiana es confiada a Santiago.

En este contexto, el mensaje de Cristo es entendido y vivido siguiendo la mentalidad del judaísmo de tipo farisaico y rabínico: se establece una estructura comunitaria de tipo patriarcal. Esta primera versión del mensaje cristiano es la que constituye el judeocristianismo ortodoxo, que se difunde no sólo en Judea y en Galilea, sino también por Samaría hacia el año 37; incluso llega hasta Roma bastante pronto, dado que en la capital del Imperio la colonia judía es numerosa, vivaz e ilustre, y mantiene relaciones frecuentes con Palestina.

La difusión en la capital debió de realizarse por la década de los cuarenta, porque se sabe que el emperador Claudio tuvo que tomar medidas el año 49 contra los judíos de Roma, que estaban enfrentados entre sí a causa



de un cierto «Cresto». No obstante, los judíos vuelven a ser numerosos en la capital del Imperio, y de entre sus filas salen sin duda los primeros colaboradores de los apóstoles llegados a Roma: Pedro, que lo hizo quizá hacia finales del reinado de Claudio o a comienzos del de Nerón, entre el 53 y el 54, y Pablo, que llegó más tarde, en el 61.

Entre tanto venía formándose, al lado del judeocristianismo, una tendencia cristiana helenista. Los judíos de lengua griega y los prosélitos procedentes de la diáspora formaron desde el principio un grupo, manifestando a los ojos de los judeocristianos una desconcertante libertad de espíritu frente a la ley mosaica y el Templo, e insistiendo en las críticas que el mismo Jesús había dirigido contra el legalismo y el ritualismo exagerados.

Este grupo se confía a una institución nueva, asociada a los doce: la institución de los siete. La predicación y la labor de los siete, en particular Esteban con su discurso ante el Sanedrín⁷, atraen sobre los judeohelenistas de Jerusalén una persecución que tiene lugar el año 35 ó 36 y en la que Esteban es lapidado bajo la acusación de blasfemia. Expulsados de Jerusalén, se dispersan hacia el norte, llegando hasta Antioquía de Siria; extienden el mensaje cristiano e inician una importante empresa misionera por Samaría, Damasco. Ananías es un cristiano de Damasco, Fenicia y Chipre.

El grupo de los cristianos helenistas sirve de puente hacia el tercer grupo de creyentes, los procedentes del mundo de los no circuncisos, es decir, de los paganos —aunque se trate de simpatizantes del judaísmo: los «temerosos de Dios»—. En realidad, el primer paso hacia los «gentiles» lo dio el mismo Pedro, en el año 40 ó 41, bautizando en Cesárea de Palestina al centurión Cornelio y a los miembros de su familia.

Al mismo tiempo, sin embargo, también hacia el año 40 ó 41, se estaban formando en Antioquía comunidades de cristianos procedentes del paganismo, por obra precisamente de cristianos helenistas oriundos de Chipre y de Cirene que habían huido de Jerusalén como consecuencia de la persecución del 35-36. Al provenir estos nuevos creyentes también de entre los no circuncisos, resulta fácil para los paganos distinguirlos del resto de los judíos; de ahí que sea justamente en Antioquía donde los seguidores de los apóstoles de Cristo reciben por primera vez el nombre de «cristianos». Bernabé, enviado por la misma Iglesia madre de Jerusalén, chipriota y cristiano helenista, viene a confirmar la validez del nuevo camino emprendido.

Texto basado en el libro Historia de la Iglesia, de Juan María Laboa.